



www.loqueleo.com/ec

© Título original: «The Gold Bug», 1843; «The Purloined Letter», 1844; «The Murders in the Rue Morgue», 1841.
Edgar Allan Poe

© De esta edición:
2020, Santillana S. A.
De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín
Teléfono: 335 0347
Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central
Teléfono: 461 1460
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-785-6

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2013
Primera edición en Loqueleo Ecuador: Mayo 2017
Novena impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Prólogo: Pablo De Santis
Estudio: Fernando Sorrentino
Diseño de cubierta: Roberto Peñailillo Farías
Imagen de cubierta: Shutterstock
Actividades: Liset Lantigua

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

El escarabajo de oro

Prohibida
su venta

© Santillana

y otros cuentos

Edgar Allan Poe

loqueleo

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

9

Prólogo Por Pablo De Santis	
El escarabajo de oro	15
La carta robada	81
Los crímenes de la <i>rue Morgue</i>	117
Estudio de <i>El escarabajo de oro</i> y <i>otros cuentos</i> Por Fernando Sorrentino	183
Cuaderno de análisis	205

El juego de las escondidas

Si el lector tuviera que esconder este libro, ¿dónde lo haría? ¿Cuál es el mejor lugar? Después de leer “La carta robada”, tenemos una visión distinta sobre lo que es un buen escondite. Cuento fundamental en la historia del género policial, “La carta robada” ayudó, junto con otros relatos de Poe, a crear la figura del detective tal como la conocemos: un razonador puro, al margen de la institución policial y de todo lazo familiar. Un intelectual antes que un hombre de acción, y que se enfrenta al crimen como quien participa de un juego. De hecho el género se estrena en las páginas de “Los crímenes de la *rue Morgue*” con una larga y algo tediosa consideración acerca de la superioridad del juego de damas sobre el ajedrez. Sin embargo, y en contra de la voluntad de Poe, fue el ajedrez el juego que quedó como metáfora del policial.

Pero hay otro rasgo esencial en “La carta robada” y es lo que nos oculta. Edgar Allan Poe centra toda nuestra atención en el escondite de la carta, y poco nos importa su contenido o la historia que la llevó allí. Dos cosas nos interesan: su ubicación y el método usado para descubrirla. De esta manera Poe despoja al enigma de toda carga emotiva y nos enfrenta con el problema en estado puro.

Auguste Dupin, el detective de Poe, aparece en tres cuentos del autor: “Los crímenes de la rue Morgue”, “La carta robada” y “El misterio de Marie Roget”. En el primero de los cuentos nombrados, el narrador recuerda cómo Dupin, joven aristócrata, pierde su fortuna, y sobrevive a duras penas con una renta exigua. La amistad con el narrador, que lo invita a vivir con él, lo salva de la miseria. Juntos pasean por la ciudad, mientras la admiración del narrador por su amigo va en aumento: Dupin es capaz de adivinar sus pensamientos, o de aclarar un crimen frente al cual la policía se muestra incompetente. Lo esencial del género policial no aparece en la calle ni en la escena del crimen, sino en la amistad de estos dos hombres solos, y en sus charlas nocturnas, que prefiguran las conversadas noches de Sherlock Holmes y el doctor Watson. ¿Qué otra cosa es el género policial en sus inicios que una con-

versación interminable entre alguien que posee el método, y por lo tanto el secreto, y alguien que no lo tiene?

Además de sus historias de corte policial, Poe escribió memorables relatos de horror. Tanto los cuentos de enigma como los de terror están atravesados por una constante: la insistencia en la razón. Hasta la llegada de Poe, el fantasma era el personaje esencial del relato de horror. Poe echó a los fantasmas y convocó al miedo de otra manera: a través de la venganza, la obsesión y la locura. Si un muerto vuelve de la tumba, es porque ha sido enterrado vivo; si asistimos a un prodigio, es porque ha habido un experimento. Poe, considerado un autor esencial de la literatura fantástica, manifiesta un rechazo absoluto por los elementos fantásticos: el horror debe ser real. Así la razón dominó su obra. Pero la razón, como vemos en estos cuentos, hace, de Dupin, un extravagante, y de William Legrand, casi un loco. Resuelven el enigma, pero, en cada caso, el narrador no logra resolver del todo el enigma que ellos mismos representan. En los relatos de Poe, el que razona está condenado a la soledad de la obsesión. El policial y el horror, las dos grandes regiones que habitan las historias de Poe, no están tan lejos una de la otra: cuentos como “El corazón delator” o “El gato negro” pueden ser considerados como

policiales sin detectives, mientras que “Los crímenes de la *rue Morgue*” presenta una sangrienta escena de pesadilla.

Poe fue un pensador fundamental del cuento en tanto forma y “La carta robada” puede ser considerado casi un cuento teórico sobre los alcances del enigma y la figura del investigador. Ha sido uno de los relatos más interpretados de la literatura, ya que no sólo la crítica literaria sino también la filosofía y el psicoanálisis encontraron en él una metáfora sobre el modo de ocultarse de la verdad. Acaso su encanto reside en que la carta se encuentra pero no llegamos a leerla. La mejor resolución del enigma es aquella que, aun respondiendo, no cierra del todo el misterio: simplemente lo transforma y le da sentido.

El detective de Poe no escribe la historia, sino su amigo; así Poe crea una tradición en la cual el que más sabe no es el narrador, sino un fiel asistente, el aprendiz. En su último libro, *Los conjurados*, Borges escribió un poema dedicado a Sherlock Holmes, una de cuyas estrofas dice:

No tiene relaciones, pero no lo abandona
la devoción del otro, que fue su evangelista
y que de sus milagros ha dejado la lista.
Vive de un modo cómodo: en tercera persona.

También Dupin tiene, como el detective de Baker Street, sus razonados milagros y vive de modo cómodo: en tercera persona. Los detectives, empeñosos a la hora de razonar, son haraganes para escribir y dejan esa tarea para los que menos saben. Por eso el policial nos enseña que contar una historia significa no entenderla del todo.

© Santillana

*What ho! what ho! this fellow is dancing mad!
He hath been bitten by the Tarantula.*

15

*All in the Wrong*¹

Hace muchos años trabé íntima amistad con un caballero llamado William Legrand. Pertenece a una antigua familia de hugonotes y en otro tiempo había sido rico, pero una serie de infortunios lo había dejado en la miseria. Para evitar la humillación que significaban sus desastres, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, y fijó su residencia en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur.

Esta isla es muy singular. Se compone prácticamente solo de arena de mar y mide algo menos de cinco kilómetros de largo. Su ancho no excede

1. Este epígrafe corresponde a un pasaje de *All in the Wrong* [Todo equivocado, 1761], obra teatral del irlandés Arthur Murphy (1727-1805): “¡Vaya, vaya! ¡Este hombre baila como un loco! / Ha sido picado por la tarántula”.

en ningún punto unos seiscientos cincuenta metros. Está separada de la tierra firme por un hilo de agua apenas perceptible que fluye a través de un sector desierto lleno de juncos y limo, sitio favorito de los patos silvestres. La vegetación, como puede suponerse, es pobre o de muy poca altura. No hay allí árboles de ningún tamaño. Cerca del extremo occidental, donde se alzan el fuerte Moultrie y algunas miserables casuchas de madera habitadas durante el verano por quienes huyen del polvo y de las fiebres de Charleston, puede encontrarse, es cierto, alguna erizada palmera. Pero la isla entera, a excepción de ese punto occidental y de un espacio árido y blancuzco que bordea el mar, está cubierta de una espesa maleza del mirto oloroso tan apreciado por los horticultores ingleses. Este arbusto alcanza allí con frecuencia una altura de entre cuatro y cinco metros, y forma una casi impenetrable espesura, cargando el aire con su fragancia.

En el lugar más recóndito de esa maleza, no lejos del extremo oriental de la isla, es decir, del más distante, Legrand se había construido una pequeña cabaña, donde vivía cuando nos conocimos por primera vez, y de un modo simplemente casual. Pronto nació entre nosotros la amistad, ya que había muchas cualidades en aquel sujeto solitario que atraían el interés y la estima. Me

pareció muy bien educado, de una singular inteligencia, aunque cargado de misantropía y sujeto a penosas alternancias de entusiasmo y melancolía. Tenía muchos libros, pero rara vez los utilizaba. Sus principales diversiones eran la caza y la pesca, o vagar a lo largo de la playa, entre los mirtos, en busca de crustáceos o de insectos curiosos; su colección hubiera podido suscitar la envidia de Swammerdamm². En estas excursiones, por lo general lo acompañaba un viejo sirviente negro llamado Júpiter, que había sido liberado de su esclavitud por la familia Legrand antes de que comenzaran sus problemas económicos, pero al que no habían podido convencer, ni con amenazas ni con promesas, de abandonar lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven “patroncito Will” (así lo llamaba). No es improbable que los parientes de Legrand, juzgando que este estaba un poco trastornado mentalmente, se dedicaran a promover en Júpiter aquella obstinación con la intención de que vigilase y custodiase al vagabundo.

Los inviernos en esa latitud de la isla de Sullivan rara vez son rigurosos y, al finalizar el año, resulta un verdadero acontecimiento que sea necesario encender fuego. Sin embargo, ha-

2. Jan Swammerdamm (1637-1680). Zoólogo holandés especializado en el estudio de los insectos.

cia mediados de octubre de 18..., hubo un día de frío notable. Poco antes de la puesta del sol, subí ese día por el camino entre las malezas rumbo a la cabaña de mi amigo, a quien no había visitado hacía varias semanas, pues residía yo por aquel tiempo en Charleston, a unos catorce kilómetros y medio de la isla, y las facilidades para ir y volver eran mucho menores que en la actualidad. Al llegar a la cabaña llamé, como era mi costumbre. Al no recibir respuesta, busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un hermoso fuego llameaba en el hogar. Era una novedad y, por cierto, no de las desagradables. Me quité el gabán, coloqué un sillón junto a los leños crepitantes y aguardé con paciencia el regreso de mis anfitriones.

Llegaron poco después del anochecer y me recibieron muy cordialmente. Júpiter, riendo de oreja a oreja, se movía sin pausa preparando unos patos silvestres para la cena. Legrand sufría uno de sus ataques (¿con qué otro término podría denominarse aquello?) de entusiasmo. Había encontrado un bivalvo desconocido que formaba un nuevo género y, más aún, había capturado un escarabajo que estimaba totalmente nuevo, pero sobre el que deseaba conocer mi opinión a la mañana siguiente.

—¿Y por qué no esta noche? —pregunté frontando mis manos frente al fuego y mandando al diablo a toda la familia de los escarabajos.

—¡Ah, si yo hubiera sabido que vendría! —dijo Legrand—. Pero hace mucho tiempo que no nos vemos y... ¿cómo iba a adivinar que me visitaría precisamente esta noche? Cuando volvía a casa, me encontré con el teniente G., del fuerte, y un poco estúpidamente le dejé el escarabajo; así que le será imposible verlo hasta mañana. Quédese aquí esta noche y mandaré a Júpiter allá abajo al amanecer. ¡Es la cosa más encantadora de la creación!

—¿Qué cosa? ¿El amanecer?

—¡Qué disparate! No, el escarabajo. Es de un brillante color dorado, aproximadamente del tamaño de una nuez, con dos manchas de un negro azabache: una, cerca del extremo posterior, y la segunda, algo más alargada, en la otra punta. Las antenas son...

—No hay estaño³ en él, patroncito Will, se lo aseguro —interrumpió aquí Júpiter—; el escarabajo es un escarabajo de oro macizo todo él, adentro y por todas partes, salvo las alas; no vi nunca un escarabajo que pese ni la mitad de lo que pesa este.

3. En el original inglés, Legrand dice *The antennae are...* ("Las antenas son...") y Júpiter lo interrumpe con *Dey aint no tin in him* ("No hay estaño en él"), confundiendo *antennae* (antenas) con *tin* (estaño).

—Bueno, supongamos que así sea —replicó Legrand algo más seriamente, según me pareció, de lo que exigía el asunto—. ¿Es una razón para dejar que los patos se quemen? El color —dijo volviendo a dirigirse a mí— bastaría casi para justificar la idea de Júpiter. No habrá visto jamás un reflejo metálico más brillante que el que emite su caparazón, pero no podrá juzgarlo hasta mañana. Entre tanto, queda darle una idea de su forma.

Dijo esto sentándose ante una mesita sobre la cual había una pluma y tinta, pero no papel. Buscó en vano algunas hojas en un cajón.

—No importa —dijo por último—, esto bastará.

Sacó del bolsillo de su chaleco algo que me pareció un trozo de viejo papel muy sucio, y esbozó una especie de dibujo con la pluma. Mientras lo hacía, permanecí en mi sitio junto al fuego, pues tenía aún mucho frío. Cuando terminó su dibujo me lo entregó sin levantarse. Al recibirlo, se oyó un fuerte gruñido, seguido por el sonido de arañazos en la puerta. Júpiter abrió y un enorme perro terranova perteneciente a Legrand entró ruidosamente. Alzándose sobre mis hombros, me abrumó a lengüetazos, supongo que porque yo le había prestado mucha atención en visitas anteriores. Cuando acabó de saltar, miré el papel y, a decir verdad, me sentí perplejo por el dibujo de mi amigo.

—Bueno —dije después de contemplarlo unos minutos—, es un extraño escarabajo, lo confieso, nuevo para mí. Nunca había visto nada parecido, a menos que el dibujo represente un cráneo o una calavera, ya que a eso se parece más que a ninguna otra cosa.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. ¡Oh, sí, bueno! Tiene indudablemente ese aspecto en el papel. Las dos manchas negras parecen dos ojos, ¿no? Y la más larga de abajo podría ser la boca. Además, la figura entera es un óvalo.

—Puede ser —dije—, pero me temo, Legrand, que no sea usted un artista. Debo esperar a ver el insecto verdadero para hacerme una idea de su aspecto.

—En fin, no sé —dijo él, un poco irritado—. Dibujo aceptablemente o, al menos, debería, porque tuve buenos maestros y me jacto de no ser del todo tonto.

—Pero, mi querido compañero —dije—, entonces soy víctima de una broma: esto es un cráneo muy pasable, puedo incluso decir que es un cráneo excelente conforme a las vulgares nociones que tengo acerca de tales ejemplares de la fisiología; y su escarabajo será el más extraño de los escarabajos del mundo si se parece a esto. Podríamos inventar alguna pequeña pero espeluznante superstición al respecto. Presumo que pretenderá

llamar a este insecto *Scarabæus caput hominis*⁴ o algo por el estilo. En los libros de historia natural hay muchos nombres semejantes. Pero ¿dónde están las antenas que me había mencionado?

—¡Las antenas! —dijo Legrand, que parecía acalorarse inexplicablemente con el tema—. Estoy seguro de que debe ver usted las antenas. Las hice tan claras como las del propio insecto, y supongo que será suficiente.

—Bien, bien —dije—; quizás usted las haya hecho, pero yo aún no las veo.

Y le devolví el papel sin hacer más observaciones, intentando no irritarlo. Con todo, me dejó muy sorprendido el giro que había tomado la cuestión: su mal humor me intrigaba y, en cuanto al dibujo del insecto, no había allí realmente antenas visibles y el conjunto se parecía demasiado a la clásica imagen de una calavera.

Malhumorado, recogió el papel y sin duda estaba a punto de hacerlo un bollo y tirarlo al fuego cuando una mirada casual al dibujo pareció repentinamente atraer su atención. En un instante su rostro enrojeció en forma intensa y luego se puso muy pálido. Durante algunos minutos, siempre sentado, siguió examinando con minuciosidad el dibujo. Finalmente se levantó, recogió una

4. *Scarabæus caput hominis*. En latín, “escarabajo cabeza de hombre”.

vela de la mesa y fue a sentarse sobre un cofre en el rincón más alejado del cuarto. También allí siguió examinando con ansiedad el papel, dándole vueltas en todos los sentidos. Sin embargo no dijo nada y su actitud me dejó muy asombrado; pero juzgué prudente no exacerbar con ningún comentario su creciente mal humor. Luego sacó de su bolsillo una billetera, metió con cuidado en ella el papel y lo depositó todo dentro de un escritorio, que cerró con llave. Recobró entonces la calma, pero su entusiasmo inicial había desaparecido por completo. Aun así, se lo veía mucho más abstraído que malhumorado. A medida que avanzaba la tarde, parecía cada vez más absorto en una especie de sueño del que ninguno de mis intentos de charla logró arrancarlo. Al principio mi intención había sido pasar la noche en la cabaña, como había hecho con frecuencia en otras ocasiones. Pero viendo semejante actitud en mi anfitrión, juzgué más conveniente marcharme. No me sugirió que me quedase, pero al partir estrechó mi mano con más cordialidad que de costumbre.

Cerca de un mes más tarde (período durante el cual no volví a ver a Legrand), recibí en Charleston la visita de su criado Júpiter. Nunca había notado al viejo y buen negro tan decaído, y temí que a mi amigo le hubiera sucedido alguna desgracia.

—Bueno, Jup —dije—. ¿Qué ocurre? ¿Cómo está tu amo?

—¡Vaya! A decir verdad, patroncito, no está tan bien como debería.

—¡Que no está bien! Lamento de verdad la noticia. ¿De qué se queja?

—¡Ah, caramba! ¡Ahí está la cosa! No se queja nunca de nada, pero de todas maneras está muy enfermo.

—¡Muy enfermo, Júpiter! ¿Por qué no me lo has dicho en seguida? ¿Está en cama?

—No, no, no está en cama. No está en ninguna parte y eso me trae malos presentimientos. Tengo la cabeza trastornada por el pobre patroncito Will.

—Júpiter, quisiera comprender de qué estás hablando. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha dicho qué tiene?

—Bueno, patroncito; es inútil volverse loco pensando en eso. El patroncito Will dice que no tiene nada. Pero entonces, ¿por qué va de un lado para otro, con la cabeza baja y la espalda torcida, mirando al suelo, más blanco que una oca? Y todo el tiempo haciendo garabatos.

—¿Haciendo qué?

—Haciendo números y figuras... sobre una pizarra, las figuras más raras que haya visto nunca. Le digo, patroncito, que voy sintiendo

miedo. Tengo que estar siempre con un ojo sobre él. El otro día se me escapó antes del amanecer y estuvo afuera todo el santo día. Yo había cortado un buen bastón para darle una paliza de las que duelen cuando viniese a comer, pero fui tan tonto que no tuve corazón para hacerlo. ¡Parece tan desgraciado!

—¿Eh? ¡Cómo! ¡Ah, sí! Después de todo has hecho bien en no ser demasiado severo con el pobre hombre. No hay que pegarle, Júpiter; seguramente no está bien. Pero ¿no puedes hacerte una idea de lo que ha ocasionado esa enfermedad, o más bien ese cambio de conducta? ¿Le ocurrió algo desagradable desde que no lo veo?

—No, patroncito, no ha ocurrido nada desagradable *desde* entonces, sino *antes*. Sí, eso temo: el mismo día en que usted estuvo allí.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Pues, patroncito, me refiero al escarabajo, no a otra cosa.

—¿A qué?

—Al escarabajo... estoy seguro de que el patroncito Will ha sido picado en alguna parte de la cabeza por ese escarabajo de oro.

—¿Y en qué te basas, Júpiter, para suponer semejante cosa?

—El bicho tiene suficientes pinzas para eso, y también suficiente boca. Nunca vi un escara-